

Seix Barral Biblioteca Breve



Cristhian Briceño

Su seguro servidor



Su seguro servidor



Seix Barral Biblioteca Breve

Cristhian Briceño

Su seguro servidor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

Su seguro servidor

© **Cristhian Briceño, 2021**

Corrección de estilo: Leila Samán

Diseño de portada: Departamento de diseño
de Editorial Planeta

Diseño de interiores: Giancarlo Salinas Naiza

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello Editorial Seix Barral

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar.

Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: febrero 2021

Tiraje: 340 ejemplares

ISBN: 978-612-4379-44-4

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100004

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2021-00110

Impreso en los talleres gráficos de Aleph impresiones

Jr. Risso Nro. 580, Lince, Lima

Lima - Perú, febrero 2021

Para Meda, de su seguro servidor

*En fin. No crees que vayas a tener otra vida.
¡Entonces tenemos un lugar para ti!*

JOY WILLIAMS, *THE QUICK AND THE DEAD*

Su seguro servidor

Sra. Leia Polines
740 Evergreen Terrace
Maui, HI 96704

Querida señora Polines:

Hay quienes piensan que cuando tenemos un hijo no ha hecho sino nacernos una nueva fragilidad. ¡Nosotros pensamos exactamente lo mismo! El mundo está lleno de padres en estado de angustia continua, y esta angustia sería un buen negocio para nosotros si es que hubiésemos encontrado la manera de preservar el bienestar de tantas personitas que, a la hora de la verdad, no hacen sino morir igual que moscas en accidentes tan poco predecibles como los gustos musicales que existirán en las sociedades del futuro. A pesar de tantos quebraderos de cabeza, no hemos llegado a ninguna solución que no implique una tecnología risiblemente fantasiosa e inalcanzable por ahora. ¿Imagina usted lo que sería despedirse de un hijo con la seguridad de no estar intercambiando

las palabras finales de una pieza de teatro demasiado breve e insatisfactoria? Lamentablemente nuestro trabajo no es el de asegurar que las desgracias no ocurran, ni mucho menos podemos devolverle la vida a un ser querido como si fuésemos magos de alguna secta gnóstica venidos de las caprichosas y oscuras arenas del desierto; somos hombres de ciencia, señora Polines, y, le repito, eso escapa de nuestras manos, a menos que este ser querido suyo acceda a pasarse la vida entera dentro de una burbuja de cristal, lo cual, lamento decirle, resultaría en una experiencia demasiado traumática, haciendo que la existencia luzca aún menos apetecible que un calcetín sudado a la hora del almuerzo, y tampoco impediría que pudiera contraer una de esas novedosas enfermedades asiáticas tan mortales y que ponen en jaque cada tanto a nuestra industria farmacéutica y la obligan a pisar el acelerador. Debería ver cuán diminutos son ahora los benditos microorganismos y cómo se las arreglarán en lo sucesivo para atravesar el vidrio con la misma facilidad que el agua consigue escapar de las redes de un pescador, e incluso, estoy convencido, llegarán a manipular, a placer, nuestra estructura molecular, de forma que no debería extrañarnos que en poco tiempo las enfermedades nos pongan la piel de todos los colores del espectro visible o que nos conviertan en cuadros de Picasso andantes o, mejor dicho, yacientes y adoloridos. En fin. Lo que trato de decirle es precisamente que hemos sido creados para resignarnos a ciertas limitaciones de nuestra naturaleza humana, sin caer en el error de pensar que estamos atados de manos y que nada puede hacerse, pues hay mucho por hacerse, caray, y a cada adversidad le nace una solución, provisional, esperamos, ya que somos conscientes de que nuestra

labor es larga, y apenas estamos en pañales, a pesar de que, a diferencia de la gente de otras épocas (más felices, sí, y con menos contaminación ambiental, quizá, pero también más indefensos y salvajes), ya no debemos enfrentarnos al espectáculo de ver cómo la polio deforma las piernas y la columna de nuestros hijos y los obliga a jugar al fútbol en cuatro patas, o a cómo la esquizofrenia hace puré el cerebro de algún familiar cercano y le ordena perseguirnos frenéticamente por la casa armados con el cuchillo de cortar el pan y a no estar en paz hasta no clavárnoslo en el pecho y abrirnos en canal hasta el ombligo. Tal vez no le resulte familiar el concepto de «el mejor de los mundos posibles» (¿leyó alguna vez a Leibniz, señora Polines?), pero se podría resumir en que hay un infinito número de universos y a nosotros, por gracia de un Dios en el que no está obligada a creer, nos ha tocado vivir en este, en donde todo, supuestamente, es un embravecido mar de calamidades, y nos han dado tantos golpes que nuestro cuerpo es ya un enorme latido de dolor, aunque, créalo, no hay escenario más perfecto ni más adecuado, así que respire: nosotros estamos aquí para darle el empujón necesario y convencerla de que, a pesar de la desgracia que le ha ocurrido, existen todavía motivos de peso para que ese diafragma no deje de ondular al ritmo de su valiosa respiración y ese corazón adolorido siga expulsando sangre a puntapiés.

En primer lugar, señora Polines, lamentamos profundamente su pérdida. Un hijo es un hijo es un hijo. A algunos padres les sobrevive la alegría de tener unos cuantos más en la bolsa; sin embargo, en su caso, según leo en el informe, se trataba de un hijo único. Sé, además, que la muerte fue violenta, y tuvieron que ponerle una máscara al chico, y debieron usarse las manos de

un maniquí para cruzárselas sobre el vientre durante el velorio, aunque no le dio tiempo para conseguir unas que fueran del mismo tono de su piel, entre 16 a 20, según la escala de Von Luschan, un color mediterráneo, debido, por supuesto, al clima tropical de la isla (como puede ver, nos gusta estar al tanto hasta de los detalles más triviales). Su tragedia, señora Polines, y disculpe que se lo diga abiertamente, es, para nosotros, pan de todos los días. Si supiera las cosas terribles de las que a veces tenemos que enterarnos, ese esqueleto suyo saldría huyendo de su cuerpo a la velocidad de un rayo. Sin embargo, el dolor es aquello a lo que nos vamos acostumbrando, y a más dolor generamos más resistencia, aunque a veces algo se quiebra dentro de nosotros y enloquecemos. En los últimos años se ha puesto de moda algo llamado síndrome de la Resignación, en el cual las personas, viéndose superadas por la vida, simplemente se recuestan donde sea y se inducen ellos mismos a un estado de coma del que ya nunca podrán salir. ¿Se da cuenta del peligro en que se encuentra? Y esta es solo una de tantas consecuencias. Como es obvio, el viejo y empolvado suicidio por asfixia mecánica continúa ocupando el primer lugar del podio, seguido muy de cerca por las neurosis crónicas y la depresión psicótica, las cuales derivan casi siempre en el suicidio, por lo que, a la larga, este sigue siendo el campeón vigente. Pero todo esto no es más que una abstracción insípida, meros números, y los números no significan absolutamente nada para personas como usted, que atraviesan, día a día, un inacabable valle de lágrimas. Dicho esto, señora Polines, deseamos decirle que tenemos algo parecido a una solución, aunque, para serle franco, dependerá de usted en gran medida.

Nos hemos tomado el atrevimiento de escribirle por recomendación de la señora Esperanza Roth, a quien, de seguro, debe haber conocido en ese grupito de ayuda para padres que están atravesando un duelo. La señora Roth ha sido nuestra cliente, y como toda compañía cuyo público objetivo es tan reducido y discreto, nos es de gran ayuda este tipo de recomendaciones. Pues bien, la señora Roth tuvo la desdicha de perder a una hija en un accidente de auto. Sin entrar en detalles ni violar su intimidad, déjeme decirle simplemente que debieron recoger el cuerpo e ingeniárselas para ordenarlo de tal forma que volviera a tener un poco de coherencia; aun así, varias partes se perdieron o quedaron pegadas para siempre a la carretera. Cuando vino a vernos, los ojos de esa pobre mujer eran un par de manchas negras y vibrátiles, como pedradas en un charco de agua sucia, que clamaban por socorro desde unas profundidades a las que ojalá, Dios me oiga, jamás lleguen a descender los seres que amamos. Es como decía mi madre: «Si nunca has llorado y quieres saber lo que en verdad es llorar, ten un hijo». Sin embargo, ¿la ha visto últimamente? ¿No ha notado que vuelve a ponerse vestidos que van con la estación, y que se preocupa por lucir atractiva? Incluso (y en esto quizá esté abriendo demasiado la boca) su apetito sexual ha remontado por sobre cualquier desengaño, para alegría del señor Roth, quien también ha sido nuestro cliente. Por supuesto que lo ha hecho. La misma señora Roth nos ha informado que la vio el martes pasado comprando helado de café peruano en el Holoholo de Mano Drive, e iba usted vestida con una suerte de vestido negro de tirantes, muy holgado y con el volante desteñido, y tenía los tobillos algo hinchados y oscuros para su gusto, y también mirada de pocos amigos, pero así y todo decidió acercársele y preguntarle

cómo la iba pasando, a lo que usted refunfunó unas cuantas palabras que, aunque enrevesadas, destilaban una rabia bastante justificable en su situación. Sabemos también que la señora Roth le ha hablado de nosotros, y que en una de esas oportunidades usted le dio su consentimiento para que podamos escribirle, o eso parece ser lo que ella entendió. Por lo pronto, ¿no quisiera estar en la misma situación que la señora Roth? De acuerdo, vamos al grano.

Una muerte violenta no es poca cosa. Nosotros creemos que esa es la verdadera tragedia, o, por lo menos, la tragedia a largo plazo. No se imagina cuán traumático es saber que un hijo nuestro no acabó de morir cuando sus últimas reservas de endorfinas ya se habían agotado, sino que se vio obligado a deslizarse a través de todo ese infierno de dolor indescriptible hasta que, por fin, el tobogán acabó y pudo entregar su alma. Entonces, el problema, para nosotros, repito, consiste en la clase de muerte, pero no en la muerte en sí. En nuestros laboratorios hemos desarrollado una sustancia que ya ha pasado por todas las etapas de prueba, pero aún nos faltan los permisos para ponerla en el mercado; sin embargo, podemos suministrarla bajo supervisión, aunque esperamos que en el futuro conseguirla sea tan fácil como ir a la tienda de la esquina por una Sprite de cannabis. Provisionalmente la hemos bautizado como ApoYo™, aunque quizá, por recomendación de mercadotecnia, debamos cambiarle el nombre a Fiestamisil™ o Duelodol™ (pierda cuidado, algo se nos habrá de ocurrir). Esta sustancia, señora Polines, actúa directamente sobre su sistema nervioso y no afecta a sus demás órganos. Por el momento, la única forma de que ingrese a su cuerpo es a través de una cánula que nosotros le insertamos en la médula espinal, una rápida punción que, según nos

han informado nuestros clientes, no es más dolorosa que la picadura de una avispa; esperamos que con el tiempo se logre mejorar la absorción del medicamento y pueda ingresar al organismo a través de píldoras o gotas sublinguales. Luego de haberle suministrado el ApoYo™, la cánula es retirada de inmediato y el paciente pasa a reposar en una habitación aislada e insonorizada; este es el momento en el que ocurre la *magia*.

Algunos han descrito una sensación de no pertenencia, o es lo que a nosotros nos parece según los testimonios. Por un momento nada de lo ocurrido les concierne, incluso puede sentirse algo parecido a la irrealdad, al delirio jocoso. Luego, progresivamente, el foco de atención se va centrando en el evento principal, en la muerte del hijo, una etapa ardua en la cual el horror de saber exactamente qué es real y qué no llega a manifestarse con un supuesto ahogo, una aparente falta de aire, aunque, por supuesto, los órganos de su cuerpo siguen trabajando con normalidad. Inmediatamente el ApoYo™ comienza a estimular la corteza cerebral y a anular los centros de la lógica. Pones en duda el concepto de muerte y también el de vida. Reconstruyes la muerte real de tu hijo según te la contaron o la viviste o la imaginaste a partir de ver su cuerpo inerte o lo que quedó de él, pero pronto se superponen otras imágenes alternativas, algunas más amables, otras más terribles: en alguna de ellas tu hijo muere salvando a alguien y es un héroe del cual puedes sentirte orgulloso; en otra, haciendo uso de un punto de vista casi microscópico, adviertes la evolución de una célula cancerígena en uno de sus pulmones y asistes al deterioro de su organismo hasta que ya nada queda por hacer; también puedes retroceder en el tiempo, obviando los años que tu hijo en realidad vivió, y sentir que lo perdiste debido a un aborto espontáneo

o terapéutico, o sencillamente interrumpiste el embarazo por decisión propia; podría ocurrir también que el chico sobrepasa la edad de su deceso, quizá unos cuantos años, y mientras estudia para su examen de ingreso a la universidad, fallece apaciblemente mientras lee, recostado en su cama, un libro sobre el ataque a Pearl Harbor; incluso llega a pasar que el paciente ve cómo el niño se pierde y nunca más vuelve a aparecer ni tampoco se le ocurre cuestionarse su partida, todo depende de por qué recovecos lleve a los padres su propia imaginación. En estos escenarios puede llegar a haber interacción verbal, estímulos sonoros asociados con las imágenes, valores táctiles que se anticipan a las cualidades materiales de los cuerpos, si quiere palabrería técnica; está el caso de la simulación del señor X, quien habiendo visto a su hijo desahuciado por una leucemia le llegó a decir que lo iba a amar hasta que el fuego tenga sombra, y el chico, increíblemente, levantó una mano y lo acarició; o también la de la señora Y, quien en una de sus visiones aseguró ver morir a su hijo en sus brazos (como si ambos fueran la *Piedad* de Miguel Ángel) a causa de una sobredosis de morfina, y no se le ocurrió mejor cosa que decirle: «debí haber pensado mejor antes de dejarme embarazar por ese beatnik», y esa, por supuesto, fue una total liberación para ella, valió cada centavo que desembolsó. Estas imágenes, ya le digo, duran apenas segundos, y deberían durar menos (estamos trabajando en ello), a riesgo de que la exposición prolongada perjudique la credibilidad de quien las aprecia. De cualquier forma, el número de imágenes o realidades alternativas es limitado, aunque den la impresión de lo contrario; un número infinito sería intolerable para el paciente, una locura, casi como mostrarle el rostro de Dios. Una vez que el paciente ha visto todo, puede entonces elegir cuál es la que más le

hace feliz; este es un movimiento natural de la psiquis, pues es tan fácil para nosotros habitar nuevas ilusiones de la misma forma que nuestro cuerpo acepta una nueva piel en lugar de la dañada y muy pronto la hace parte de sí mismo, aunque, claro, este es un ejemplo bastante impreciso. Sin ir muy lejos, señora Polines, el amor también es una forma de habitar y deshabitar lugares en los que antes nos sentíamos tan confortables, para después caer en cuenta de que existían otros lugares mejores y de los que ya no deseamos salir nunca más y a los que nos aferramos con uñas y dientes, hasta que nos toca volver a desocuparlos solamente para caer en cuenta de que si ya ocurrió una vez bien puede volver ocurrir hasta el infinito. No digo que el amor por un hijo (no el hijo en sí) sea descartable, ni que las emociones no valgan nada, pero casi. Y por esa fisura ingresa el ApoYo™ y les da nuevos puntos de vista a nuestros clientes, les crea un paisaje renovado en el que puedan llegar a sentirse a gusto. Lo ideal sería, obviamente, revivir a la persona, pero, le repito, eso es soñar despierto, al menos por ahora. ¿Me creería si le digo que somos su única salida?

Le ruego que vuelva a leer esta carta cuantas veces sea necesario antes de tomar una decisión. Imagine cuánto habría dado un rey de la Edad Media por un buen dentista como los que hoy en día abundan, y piense en cómo despreciamos a los dentistas y los ponemos en el escalafón más bajo de los profesionales de la salud. Ahora póngase en nuestro lugar. ¿Está pensando que somos una especie de charlatanes ansiosos por manipular su cerebro y sacar provecho económico de su triste situación? De ninguna forma. Somos como esos dentistas por los que tanto rogaba el rey medieval, y Dios ha escuchado sus plegarias. Quizá en algún punto de la historia de la humanidad ya

no sean necesarios los dentistas, porque habremos perdido nuestros dientes, y quizá en otro punto más alejado de la historia nosotros ya no seamos necesarios porque se podrá revivir a nuestros seres queridos como si el Juicio Final ocurriera cada día y sin aspavientos; pero, por el momento, le ofrecemos soluciones reales y sensatas. No quiero extenderme demasiado, ya que la gente de ahora está tan poco acostumbrada a leer que cada palabra que escribo me hace sentir un aguafiestas; y lamento mucho si he sido minucioso en cada detalle, pero nuestra política es esforzarnos por ofrecer un servicio de calidad a nuestros clientes. En el mismo sobre le adjuntamos nuestras tarifas y también los planes de pago. Evidentemente, si nos recomienda con quien usted crea conveniente recibirá un magnífico descuento, o un reembolso, de ser el caso que ya realizara el pago total por nuestros servicios, lo cual sería un alivio, ya que, como entenderá, mi sueldo y, por tanto, el bienestar de mi familia, depende principalmente de las comisiones que percibo.

Su seguro servidor,

Kris Falusi
Asistente de Ventas
UltimateFields, Inc.